

Migrar (Odisea del espacio interior de Sergei Krikalov)

Jorge Andrés Garavito Cárdenas

*Though I'm past one hundred thousand miles
I'm feeling very still
And I think my spaceship knows which way to go
Tell my wife I love her very much she knows...*
«Space Oddity», David Bowie, 1969

Sergei Krikalov partió desde Kazajistán, que entonces formaba parte de la Unión de Repúblicas Socialistas Soviéticas (URSS), el 19 de mayo de 1991 en una misión espacial. Regresó a la Tierra el 25 de mayo de 1992, tras haber pasado 311 días, 20 horas y 1 minuto en el espacio. Durante su estancia en el espacio, la URSS se disolvió el 26 de diciembre de 1991, lo que dejó a Krikalov en una situación incierta. El programa que financiaba su misión desapareció, dejándolo en un limbo sin saber cómo regresar a la Tierra, abandonado por un mundo que dejó de existir. Desde entonces, Krikalov ha sido conocido como el último ciudadano soviético del planeta.

Sergei Krikalov fijó la vista en el radio, escuchando las voces que parecían cercanas y lejanas al mismo tiempo. El término «lejano» había adquirido un nuevo significado para él, y probablemente era uno de los pocos que entendía ese nuevo sentido. Ya no tenía deseos de mirar por la ventana hacia la Tierra, ni siquiera sabía distinguir entre el frío y el calor. En unos pocos años, caminaría lentamente hacia el supermercado, recordando aquel instante en que había dejado de ver la Tierra como su hogar. A medida que avanzaba por los pasillos del supermercado, el incómodo anillo que llevaba en su dedo golpeaba la botella de leche, instándolo a tomar decisiones. ¿Cuándo se lo quitaría? Sabía que, si lo hacía, tendría que enfrentar preguntas que no sabría responder. Pagó sin mirar a la cajera y salió del local con la vista en el cielo plateado. En la estación MIR no había encontrado respuestas. Ahora sabía que el fin del mundo duraba exactamente 311 días, 20 horas y 1 minuto. Pero lo peor del fin del mundo era que el mundo continuaba. Mientras sostenía la bolsa con sus compras, pensaba en el anillo y en ella, en que tal vez ella también había durado 311 días, 20 horas y 1 minuto en su vida.

La vida después de su regreso se había convertido en un vacío. Vivía en un apartamento nuevo, donde había cambiado su radio por una televisión que llevaba encendida una semana

entera: tal vez duraría exactamente 311 días, 20 horas y 1 minuto. Su estación se llamaba MIR. Sergei Krikalov sabe que eso no podía ser un dato aislado. MIR significa PAZ en ruso. Ya no es 19 de mayo de 1991, ya no hace la misión Soyuz TM-12. Ahora solo hace las compras para prepararse un desayuno en su vacío apartamento nuevo. Llegó a la puerta y revisó incrédulo sus bolsillos, dos veces en cada lado. Trató de mover el picaporte varias veces, pero cedía ante su desesperación. En la MIR, las voces de los radioaficionados le hacían sentir acompañado. Recordó haber pensado que era una de las personas más solitarias de su especie, pero hoy sabía que aquel había sido el momento en que había tenido mayor compañía.

Algunas personas creen que el tiempo es una sola dimensión, que pasado y futuro suceden al mismo tiempo. Eso lo convertía en una metáfora viviente de la conexión con las personas, atrapado en el espacio. La Tierra en su ventana se había convertido en una amenaza. ¿Por qué no sabía si algún cosmonauta había muerto en el espacio? Nadie quería ser el primero. ¿Serían ellos los primeros? Alguna voz de un radioaficionado le había dicho que podía romper la ventana y lanzarse a la Tierra para evitar el sufrimiento. Sergei —decía la voz en el radio—: puedes romper la ventana y lanzarte a la Tierra. Romperías varios récords, y literalmente te harías una estrella en tu descenso. El tono del humor de algunos puede tomar acentos macabros. Sergei reía con miedo, pero decidió no volver a mirar por la ventana después de eso.

Sergei se encuentra frente a la ventana del apartamento vacío, buscando una solución para entrar. Mirando a través del cristal, puede ver el humo saliendo de la cocina, recordando la estufa con el agua hirviendo para su café. Sus ojos cansados y arrugados reflejan las noches sin dormir y el estrés de los últimos días. Uno de sus ojos está hinchado y un poco enrojecido, y sus labios están secos y agrietados. Desde dentro, la televisión sigue sonando, con su luz parpadeante y un eco constante del ruido de la vida que seguía sin él. Sergei, por un momento, se pregunta si tal vez alguien en la pantalla estará sugiriendo algún chiste macabro para resolver su problema. Cuando volvió, ella le hizo una pregunta seca y directa: «¿Me

has extrañado?», mientras lo miraba fijamente. «Extrañé verte a los ojos». Pero a medida que pasaban los segundos, los ojos de ella comenzaron a cambiar, transformándose poco a poco en una representación de la Tierra que se asomaba por la ventana. La similitud se hizo cada vez más evidente, como si la mirada de ella se hubiera fusionado con la imagen del planeta azul y verde flotando en el espacio.

Sergei se da cuenta de que no hay más opción que romper el cristal de la ventana. Sabiendo que podría lastimarse, se envuelve el codo con su abrigo y golpea con fuerza el cristal. En el espacio, eso podría haberse hecho con una herramienta pesada y adecuada, pero aquí en la Tierra, tiene que arriesgarse con lo que tiene a mano.

Un golpe estruendoso, y la figura amenazante del planeta volvió a su mente. Otro golpe, más fuerte esta vez. En sus ojos se reflejaba la imagen del planeta el día en que ella le pidió que se fuera de su casa y no volviera más. Un tercer golpe, aún más fuerte. Cuando su cápsula aterrizó, la compuerta se atascó por un instante y él rió con miedo. Recordaba su último adiós con ella, cuando no pudo evitar reírse nerviosamente y ella le dio una cachetada. Finalmente, el cristal se quebró y Sergei se desplomó en el interior del apartamento, su respiración agitada mezclándose con el sonido de la televisión. La bolsa de compras cayó entre los afilados fragmentos. Se rasgó la ropa, pero no sufrió heridas graves. Al levantarse, observó el desorden en el suelo, quedando paralizado al ver las llaves enredadas en los plásticos de la bolsa rota, ahora bañadas por la leche que se mezclaba con su propia sangre y fluía hacia el vano debajo de la puerta. Se formó una especie de vía láctea sangrienta acercándose a la luz. La luz se intensificó, dejándolo momentáneamente ciego cuando finalmente lograron desatorar la compuerta de la cápsula para permitirle salir, ese 25 de marzo de 1992. El aire era frío y húmedo, con el olor a tierra mojada por la lluvia que parecía iniciarse. A través de la ventana rota se percibía el aroma de la lluvia. Un ruido ensordecedor sacudió la televisión, dejándola con el zumbido de la estática por unos instantes hasta que se apagó repentinamente.